



## Dos libros, algunas tablas de identificación de malezas, y un poco de Horacio

CHRIS STEWART

En muchas de las encrucijadas de mi vida, ha sido un libro el que me ha enseñado el mejor camino; en algunas ocasiones varios libros han conspirado para ofrecerme un consejo imposible de rechazar.

En respuesta a la simple pregunta: “¿Qué libro me ha gustado por encima de los demás y cual ha tenido más influencia en mi vida?” Ese sería sin duda *Una Mañana de Verano de 1934*, de Laurie Lee.

Tenía veinte años, y trabajaba con ovejas, cerdos y patatas en una pequeña granja en los apriscos de las Colinas de Surrey en el sur de Inglaterra. Sufría de melancolía juvenil, abandonado por mi novia, pero al mismo tiempo estaba entusiasmado con mi recién descubierto amor por el trabajo en la granja. Por la noche me sentaba delante del solitario fuego y sorbía el chocolate caliente que me traía la señora Stunt, la viuda del porquero, en cuya casita yo vivía, y que cuidaba de mí como una madre. Mi tarea por la noche consistía en el estudio de unas tablas de identificación de maleza y de manuales de mantenimiento del tractor. Cuando ya había cumplido razonablemente con esos estudios agrícolas, me sumergía plácidamente en los brazos de *Una mañana de Verano de 1934*. (Tengo una amiga que dice que, para ella, comenzar a leer un nuevo libro es como caer en los brazos de un amante).

Estoy lejos de ser el único en mi pasión por el libro de Laurie Lee; se publicó en 1969 e inmediatamente se convirtió en un best-seller, trasladando a miles de jóvenes ingleses del confort de sus hogares y los pensamientos de un existencia convencional, a los caminos que llevan a la poesía, el romance, lo bohemio, y, en mi caso, a España. Siempre tengo el libro a mi lado, y aún lloro de placer cada vez que lo leo.

Ganaba doce libras a la semana por cinco días y medio de duro trabajo en la granja. Los sábados por la tarde hacía autostop a Guildford, la ciudad más cercana. En la calle Castle había una librería especializada en libros antiguos. *Traylens* no era como las librerías de hoy en día, invitándote a entrar ansiosamente con reclamos baratos y chillones: la puerta estaba completamente cerrada; tenías que llamar al timbre. Lo único que indicaba que había una librería era una pequeña ventana que daba a la calle, donde se veía algún que otro libro expuesto.

Aquel sábado por la tarde en la ventana, había un enorme libro encuadernado en piel, desplegado en una doble página ocupada por un dibujo a plumilla. Pasé por delante, alcancé a ver el dibujo con el rabllo del ojo, me detuve y me di la vuelta. Me quedé embelesado, incapaz de levantar la vista de él. El dibujo mostraba un palacio, una creación de una belleza tan dramática y fascinante que era complicado imaginar que tal lugar existiese más allá de la imaginación de los tejedores de cuentos de hadas. Era, por supuesto, la Alhambra. Aún hechizado, llamé al timbre. Un hombre increíblemente viejo, vestido con un traje polvoriento, abrió la puerta, mirándome de arriba abajo con poco entusiasmo a través de unas gafas redondas. Yo tenía pinta de lo que era: un trabajador de una granja.

“¿Si?”, preguntó.

“Me gustaría echarle un vistazo al libro que está en la ventana, por favor.”

Me dejó pasar y desapareció en una habitación trasera, volviendo después con una gran caja de madera. Sacó un destornillador de un cajón del escritorio y desatornilló los ocho tornillos que aseguraban la tapa. Debajo de ésta, había capas de papel de seda, una carpeta que contenía dos grabados a punta seca hechos por el autor y, finalmente, el libro.

“Es *Old Spain*”, dijo con énfasis, “de Muirhead y Gertrude Bone. Es una edición limitada de 250 ejemplares, cada una numerada y firmada por los autores. Estos son los dos únicos que no han sido aún vendidos.”

Hojeé el libro; el texto era malísimo, pero los dibujos eran como algo que nunca antes había visto -la Mezquita de Córdoba, las casas colgantes de Cuenca, el puente de Ronda, el acueducto de Segovia... Así que esto era España; era un país en el que no había pensado

mucho hasta entonces, una tierra que yo (acertadamente) creía que estaba azotada por una sombría dictadura y el control hipócrita e iliberal de la Iglesia. (Estábamos en 1970). Decidí primero comprar el libro y después, tan pronto como fuera posible, ir a visitar España.

“¿Cuánto es?” pregunté con cierto nerviosismo.

El librero me miró con aire de superioridad, como si quisiera decir, “demasiado para ti, muchacho”, pero se contuvo. “Ciento veinte libras.”

Ciento veinte libras eran casi tres meses de mi sueldo, una suma de dinero colosal... pero entonces no fumaba, no bebía, ni tenía una novia con gustos caros... no tenía ni siquiera coche; era un hombre rico.

“Me lo llevo,” dije. “Aquí tiene doce libras. Volveré en diez semanas con el resto del dinero.”

Aún tengo ese libro en la biblioteca de mi casa en España. Las ciento veinte libras que me costó y las tres con seis (3/6d. en moneda antigua) que había pagado por el libro de Laurie Lee, han sido probablemente la mejor inversión que he hecho nunca.

Y bien, se supone que este artículo tiene que ser sobre la lectura, pero me perdonaré por tomarme la libertad de hablar sobre libros. Después de todo, es una pieza discursiva; al fin y al cabo a eso es a lo que me dedico. Aunque no siempre he sido un lector; había pocos libros en casa de mis padres. Mis padres no eran grandes lectores: mi madre escuchaba música clásica, mientras mi padre se jugaba la fortuna familiar... algo que probablemente era bueno, ya que soy de la opinión de que tener demasiado dinero no hace ningún bien. Mi abuelo, un hombre prudente que tomaba prestado libros de la biblioteca, solía reprenderme diciendo: “Siempre deberías tener un libro que leer.” Yo no estaba de acuerdo. Muchos de sus consejos me llegaban en forma de tópicos: “Si un trabajo vale la pena hacerlo, vale la pena hacerlo bien,” por ejemplo, lo cual yo consideraba carente de sentido. Yo lo enfurecía sugiriéndole que si un trabajo valía la pena, valía la pena hacerlo mal. “Un trabajador malo, siempre echa la culpa a sus herramientas.” Uno nunca pueda hacer un buen trabajo con malas herramientas. Tampoco estaba muy seguro de su recomendación de tener siempre un libro a mano. Tenía una prima que se perdió en el mundo de la lectura cuando tenía diez años, y nunca regresó. Estaba tan obsesionada con la lectura- y ni siquiera puedo decir que

los libros que leía fuesen buenos- que nunca aprendió a cultivar las relaciones sociales. Aún ahora, cuarenta años después, su nariz está siempre enterrada en un libro, y no tiene siquiera una palabra que decir a nadie. Hay que admitir, no obstante, que esta es una pequeña tragedia bastante inusual.

También está el caso de JJB, un hombre con una fascinante historia que contar: era físico nuclear pero por alguna razón relacionada, creo, con una mujer, lo dejó todo para viajar por el mundo y tocar la guitarra por las esquinas. Es una historia increíble, y escribe y escribe sobre ella, mandándome los manuscritos para que los lea. Es casi un milagro como alguien puede hacer algo tan completamente banal y aburrido de un material tan prometedor... pero JJB lo consigue. Es muy simple, lo peor que he leído en mi vida.

Un día le pregunté qué estaba leyendo.

“¿Leyendo? ¿Qué quieres decir con *leyendo*?”

“Ya sabes, libros... por placer.”

“Ah, eso; no hago eso. Solía leer sobre cosas científicas, pero nunca leo un libro por placer.”

De esta manera se explica lo absolutamente terrible de la escritura de JJB.

Yo me hallo en alguna parte en medio de mi desafortunada prima y JJB; en algunos momentos de mi vida he sido un lector voraz; en otros, no he leído nada. Diría, un tanto falazmente, que hay un tiempo para leer y otro para hacer. Pero ahora sé que puedes leer al mismo tiempo- más o menos- que haces.

Últimamente siempre estoy al menos entre cuatro libros. Esta es una mala práctica que hay que desaconsejar, pero entre lo que tengo que leer, lo que debería leer, y lo que quiero leer, siempre resulta así.

Así que este soy yo y mi lectura, pero para redondear este artículo quiero contar una historia sobre la lectura. No es una historia mía: es la de Paddy Leigh Fermor. Patrick Leigh Fermor fue uno de los mejores escritores británicos del siglo veinte, y murió con noventa y seis años el día en el que yo escribí este artículo.

Durante la Segunda Guerra Mundial luchó con la resistencia cretense contra los alemanes. Vivió en Creta disfrazado de pastor durante muchos años, en permanente riesgo de ser

capturado, torturado y asesinado a manos de las fuerzas de ocupación alemanas. Su hazaña más espectacular fue capturar al oficial alemán al mando de la ocupación, el general Kreipe. Esta es una historia de un heroísmo, una audacia y un ingenio tal, que resulta imposible creerlo. (Para la historia completa leer *Emboscada Nocturna* de Bill Stanley Moss, o ver la película del mismo nombre con Dirk Bogarde como Paddy Leigh Fermor.) Durante semanas llevaron al general de un lado a otro por las montañas, viviendo en cuevas, chozas y apriscos de ovejas, y nunca dos noches en el mismo lugar. Las relaciones estaban, como podréis imaginar, lejos de ser fáciles para estos hombres tan absurdamente emparejados por el destino de la guerra. Esta es una de las descripciones de Paddy de lo que, para mí, es uno de los momentos estelares de la historia moderna.

“Dos días más tarde, debido a encontrarnos sin techo, Billy, el General y yo terminamos, no por última vez, los tres durmiendo bajo la misma manta, con Manoli y George en cada uno de los lados, cuidando sus pistolas Marlin y turnándose para dormir. Nos despertamos entre las rocas, justo cuando un brillante amanecer rompía sobre la cresta del Monte Ida, que durante dos días tanto habíamos luchado por cruzar. Los tres estábamos tirados fumando en silencio cuando el General, medio para él, dijo lentamente:

*Vides ut alta stet nive candidum*

*Socrate...*

Estaba de suerte. Esa es la primera línea de una de las pocas odas de Horacio que me sé de memoria (Ad Thaliarchum 1 .ix) Continué recitando desde donde él lo había dejado:

*...Nec iam sustineant onus*

*Silvae laborantes, geluque*

*Flumina constiterint acuto*

y así, hasta completar las cinco estrofas que la componían.

Los ojos azules del general se volvieron desde la cima de la montaña hasta los míos- y cuando terminé, después de un largo silencio, dijo: “Ach so, Herr Major!” Fue muy extraño. “Ja, Herr General.” Como si, durante un largo espacio de tiempo, la guerra hubiera dejado de existir. Ambos habíamos bebido de las mismas fuentes largo tiempo atrás; y las cosas fueron diferentes entre nosotros durante el resto del tiempo que pasamos juntos.”

Una magnífica lección sobre leer y hacer; y si este artículo únicamente ha servido para presentarle al lector la magnífica escritura de Paddy Leigh Fermor, entonces mi modesto esfuerzo no habrá sido en vano.